Un lugar para otras voces

Helka A. Quevedo

Un lugar para otras voces

CARTAS DE UNA ANTROPÓLOGA FORENSE

Un lugar para otras voces
©Helka Alejandra Quevedo, 2018

Dibujo de la carátula: Dibujo de una rama de cedro,
Orra White Hitchcok

ISBN: 978-958-48-4726-3

La reproducción parcial o total, cualquiera que sea el medio empleado, sin la autorización de los editores, viola los derechos de la propiedad intelectual.

Primera edición, 2018

ÍNDICE

Presentación 9

Cartas

El 36 17
Querido 36 23
A un secuestrado 27
Eran muchos más que dos... 33
A Jesús Antonio Pipicano Mosquera 37
Los cuerpos y los forenses 43
Las huellas de José Miller 49
¡Desaparecida! 55
A Tito 61
Trece funerales 65
Y además, existen las estrellas de mar 69
Perdón 77

En memoria 79

PRESENTACIÓN

Crecí en un pueblo tranquilo, con una gran iglesia de piedra y un parque con árboles, flores y un kiosco en el centro. Allí inicié mi educación preescolar a los cinco años. Recuerdo un gran patio rodeado de columnas y salones con brillantes pisos de madera. En ese primer grado de formación cada estudiante debía entregar, al finalizar el año, un álbum con los avances y aprendizajes adquiridos. Esto incluía filas con las vocales, los números del 1 al 10 y dibujos de animales o flores para diferenciar tamaños y distancias. También tenía sesiones de picado, que consistía en seguir con un alfiler el contorno de un dibujo. Este ejercicio me producía gran emoción cuando veía los diminutos huecos del alfiler y tocaba con mis dedos la rugosidad del papel en la parte posterior de la hoja. También había una sesión de "Recortado de figura", que

consistía en escoger algo, no recuerdo qué, un dibujo, un mensaje, no lo sé, y con tijeras debíamos cortar y pegar en el álbum eso que habíamos escogido.

Esta tarea la re-encontré a mis 27 años, cuando el álbum de preescolar apareció entre mis recuerdos, libros y cuadernos de infancia. Allí estaba pegada en una hoja la tira cómica de un periódico de los años treinta, se trataba de Dick Tracy, un inspector de policía que luchaba contra el crimen. La tira cómica lo presenta acompañado de su prometida Tess, hablando en la morgue con un forense. En la escena se alcanza a observar una bandeja metálica de donde sobresalen los pies de un cadáver y una etiqueta borrosa colgada del dedo gordo del pie derecho. Dick Tracy le dice al forense: "*La pandilla quería el cuerpo del ladrón y como ambos no han sido identificados cambiaron uno por otro*".

Como un ritual de mi infancia me gustaba ir a la morgue del hospital que estaba a media cuadra de mi casa. Cada vez que llegaba un muerto salía corriendo para verlo, tanto así que una vez tropecé con la varilla de una alcantarilla. Esta caída me dejó en una rodilla, la única cicatriz que tengo de mi niñez. Sangré mucho, lo recuerdo.

Fue en esa morgue que vi por primera vez un muerto, era una mujer joven. La observé desde una pequeña ventana con rejas oxidadas y apoyando los pies sobre unos ladrillos para aumentar mi estatura; la recuerdo con absoluta nitidez, yo tenía ocho años, ella unos veinte. La muchacha tenía los pies descalzos, las uñas pintadas, llevaba un jean azul, un buzo rojo carmín en V y tallado al cuerpo. Su pelo negro, medio ondulado, le llagaba hasta los hombros, su piel era trigueña y los rasgos de la cara eran delicados. Parecía dormir tranquilamente. Pero no. Por alguna razón había tomado como veneno un remedio para caballos, eso se escuchó decir en el pueblo.

No recuerdo el olor a muerte de esa mujer en la morgue, tampoco sentí temor. Sólo la vi, la observé. Sin saberlo, apliqué al pie de la letra uno de los usos que etimológicamente se le da a la palabra morgue, del francés *morgue,* "para mirar solamente".

El ritual comprendía, además de ver los cuerpos de los muertos, ir al cementerio. Llegar primero que todos era muy importante. Significaba estar allí trepada en la tapia blanca y baja del cementerio, para ser testigo desde el mejor

ángulo, de la entrada del cura, del féretro, de los dolientes y de los acompañantes. Después podía ver cómo los sepultureros subían a la bóveda el cajón, organizaban los ladrillos, preparaban el cemento y luego escuchaba algo que no olvido, el sonido del palustre empañetando la lápida. Finalmente observaba cómo escribían allí las fechas de nacimiento, de muerte y un nombre. Estas tumbas tenían nombre.

Desde niña supe que los muertos no me asustaban, los heridos sí. Aquí posiblemente empezó a instalarse en mí la conciencia del limbo del sufrimiento, del umbral, del tiempo que transcurre en la existencia de aquel que está a punto de perder la vida.

Eran los años ochenta, vivía con mi familia en una ciudad estudiantil, fría y misteriosa. Allí había nacido y ahora volvía para cursar mi secundaria. Recuerdo un día que en la clase de español, la profesora nos puso a escoger un poema y de tarea recitarlo. Mi poema fue *La Vía Dolorosa,* de un escritor vallecaucano de los años veinte, Carlos Villafañe; aún hoy tengo en la memoria estos versos: "Yo mismo la enterré, yo mismo un día cerré sus ojos a la luz terrena y enjugué de su frente de azucena el trágico sudor

de la agonía. Era un recuerdo blanco: todavía la recuerdo en el silencio…".

Tenía tal vez trece o catorce años y recuerdo que era viernes, lo sé porque era jornada continua, salíamos del colegio a la una o dos y tenía la tarde libre. Estábamos almorzando en casa con un primo médico legista, tal como se les llamaba a los médicos forenses antes de los noventa. De repente, sonó un suave ruido, un mensaje en su beeper, donde le avisaban que debía ir al cementerio a hacer una autopsia. Lo mencionó mientras de afán, terminaba de almorzar. Para mí fue como si el mensaje hubiera sido para los dos, por lo que de manera inmediata le pedí que me llevara. Me dijo que no, pero le insistí, le dije que yo le ayudaría. Él sonrió, me miró y dijo, pues vamos.

No me acuerdo en qué nos fuimos, ni en cuánto tiempo llegamos al cementerio central, solo recuerdo cuando estábamos en un cuarto medio oscuro y húmedo. Había un balde en el piso, parecía muy usado y viejo, también una pequeña taza roja de plástico. En el único mesón de cemento yacía el cuerpo de un hombre anciano. No tuve tiempo de pensar. En mi mano tenía ya la taza de plástico y escuché

que mi primo me decía, ayúdame a sacar la sangre del tórax y la vas dejando en el balde. Miré el cadáver ya abierto, el corte toraco-abdominal perfectamente delineado, el esternón desprendido y la reja costal separada. Por primera vez constaté la similitud que tiene el cuerpo humano con el cuerpo de los mamíferos como las vacas; diferencié claramente, el hueso, la carne y la capa blanca de grasa -el tejido adiposo-. No sentí asco, ni repulsión, ni tristeza, solo se instaló en mí un rechazo a comer carne. Nunca más he comido carne. Tal vez ha sido una medida de protección, de no autofagocitarme, de tener distancia entre ese otro y mi cuerpo.

Recuerdo que mientras sacaba líquidos de la cavidad abdominal pensaba, ¿en dónde estará la familia de este señor y de qué moriría? Pero mis pensamientos se interrumpieron rápidamente al oír, oler y ver cómo el legista abría con una segueta el cráneo del señor. Aún tengo en mi nariz el olor a hueso quemado, lo puedo reconocer a distancia. Mi visión, mi olfato y mi audición se vieron comprometidos en esta primera autopsia.

Llegaron los muertos que como forense conocí: los esqueletizados, los descompuestos, los

politraumatizados, los quemados, los incinerados, los fragmentados, los ahogados, los decapitados, los degollados, los momificados, los desmembrados, los ultrajados, los torturados, los incompletos y los más difíciles; los ausentes, los buscados, los imaginados, los no hallados, los que no tienen nombre, los desaparecidos. Con estos muertos, mis sentidos todos, se comprometieron. Y hasta puedo afirmar que los veo en sueños, los oigo en las noches, identifico su olor en diferentes situaciones y lugares, hablo con ellos, están en mi piel, siento su dolor, los buscó en el aire y en las palabras; les escribo cartas.

Y me pregunto: ¿Por qué escribo cartas a los muertos? Escribo estas cartas por una necesidad física y emocional. Y esto me fue posible quince años después de haber dejado la práctica forense. También siento que si los pienso, ellos siguen existiendo, no mueren, así sean fríos cadáveres, estén perdidos, descompuestos o sean blancos huesos. Ya tuvimos un encuentro, la vida y la muerte fueron el escenario. Supe de ellos, los busqué, los tuve en mis manos y ahora, tejo palabras entre ellos y yo.

EL 36

El 36, me llaman el 36**.** Nunca en mi corta vida, 20 años apenas, imaginé que se hablaría de mí sin saber quién soy. Tampoco que fuera yo uno más de las miles de personas sin identificar que están enterradas y perdidas en los cementerios de este país. Tampoco pensé que aquella noche de noviembre o diciembre -ya no recuerdo bien- de 2001, cuando me fui con mi amigo a tomar unas cervezas a ese bar de Belén de los Andaquíes, fuera mi última noche. Aún no sé por qué nos llevaron esos hombres armados, por qué nos subieron a un carro, por qué nos insultaron, por qué nos pegaron y maltrataron durante todo el camino. No recuerdo muy bien qué pasó y nunca entenderé el por qué.

Decían que nos llevaban a La Finca, luego supe que hablaban de Puerto Torres. Nunca había estado allí. La carretera era como mala, el

carro brincaba mucho y como tenía las manos y los pies amarrados, sentía más dolor en mi cuerpo; además tenía una venda mal puesta en mis ojos y con cada salto del carro, me pegaba con los bordes de los asientos, con el piso y con las botas estilo militar de varios de nuestros captores. Lo que sí recuerdo bien fue cuando ese hombre, de voz gruesa, luego de decir muchas groserías, sacó un cuchillo grande y me lo clavó en mi abdomen, en la parte baja, al lado derecho. Y ahí sí sangré mucho, tanto que cuando me bajaron a empujones del carro, no tenía fuerzas para caminar. A mi amigo lo seguían maltratando pero él no tenía, en ese momento, una herida como la mía y podía caminar. Por eso se lo llevaron lejos de la casa de donde me dejaron a mí y en donde tiempo después las autoridades encontraron mi cuerpo.

Quedé tendido a la entrada de una casa recién abandonada por los suyos, quienes por salvar sus vidas se desplazaron y huyeron de esos grupos armados que un día tocaron a su puerta. Casa, ahora, invadida por muchos hombres, radios, armas y gritos en donde un nuevo jefe usurpador la ocupaba; el jefe de los Urbanos. En la organización y en el lenguaje de las autodefensas,

los Urbanos son miembros del grupo que decidía a quién retener, bajo su criterio seleccionaban a los sospechosos de ser guerrilleros o a quienes no pagaban las extorsiones o cuotas exigidas. Los Urbanos iban por pueblos y veredas reteniendo personas, eran muchos, "cargaban y descargaban" en Puerto Torres para que los comandantes decidieran qué hacer con "la carga", con las personas. El líder era un hombre joven, moreno, alto y con acento paisa que siempre tenía varias armas en su cuerpo; un cuchillo, una pistola y una especie de ametralladora. Hablaba muy duro y le dijo al hombre que me llevó hasta allí, que me dejara, que yo le serviría para varias cosas.

Pasaron tres eternos días, me dejaron tirado en la esquina de un salón grande de esa casa. A veces me daban comida, por lo que tenía la esperanza de sobrevivir. Pero con el paso de las horas me preguntaba si sería que mis captores esperaban que confesara o dijera algo que ellos querían oír. Pero no, estaba condenado desde el principio: los que llevan a Puerto Torres, no tienen retorno. Alguien decidió que debía morir. Recuerdo que era un domingo en la noche y para hacer el trabajo, es decir para matarme,

encomendaron la tarea a un muchacho "nuevo", recién llegado a la Escuela. El pobre temblaba, sudaba, estaba muy nervioso y no era capaz, por lo que clavó, muchas veces en mi cuerpo, ese cuchillo mediano y con la punta encorvada, llamado por ellos, patecabra. Me convertí, así, en su objeto de práctica de iniciación, fuimos sometidos los dos a tortura: yo como víctima y él sellando con sangre su participación en el horror.

Rodé herido por la colina pequeña que da al río, diagonal a la casa. Ya no tenía conciencia del dolor, veía borroso, el barro se mezclaba con mi sangre y cubría todo mi cuerpo. Fue entonces cuando los más experimentados me arrastraron agonizante hasta el solar de la vivienda. A la entrada de la casa estaba una mujer del grupo armado y al verme pasar dijo: "Ay, ese muchacho gime y hace ruidos como un toro herido". Luego, el hombre con acento paisa, le ordenó a otro que de una, que me mochara la cabeza, que mi cuerpo serviría para tapar una "trinchera" que tenía en ese patio.

Y así fue, había un gran hueco cerca a una palma y allí me arrodillaron, aún tenía mis manos atadas con una cuerda, sentía mucho dolor

y de repente todo fue oscuridad, sentí un calor insoportable en el cuello y lo último que oí fue, "listo papá, ahí tiene el bulto pa´tapar el hueco". No supe más.

Seis meses pasaron aproximadamente -en el tiempo de los vivos- y de pronto había mucho movimiento en Puerto Torres, un caserío tranquilo, donde antes de la guerra, seguramente, el tiempo apenas pasaba. Pero pasaron los ejércitos, pasó el silencio y llegaron los camiones: gente con uniformes verdes, con armas; y otros, pocos, con guantes y batas blancas como pijamas con una cremallera de pies a cabeza. Pasaron tal vez dos helicópteros y de repente abrieron el hueco en donde estaba mi cuerpo. Examinaron mis dientes, recogieron mis piernas, mis brazos, mi tronco y mi cabeza. También se fijaron mucho en mi ropa, en que apenas me quedaban las medias y mis calzoncillos grises. Luego, todas mis partes fueron a unas bolsas negras de plástico y en una hoja blanca, con cinta, escribieron el número 36. Mi nuevo nombre.

Mi cuerpo ahora estaba en el helicóptero, allí iban soldados y forenses. Me bajaron y me llevaron al cementerio de Florencia y de nuevo dejaron mi cuerpo en otro hueco, le echaron

tierra y aquí sigo, esperando volver a ver la luz. Esperando a que alguien descubra quién soy, cuál es mi nombre y mi historia. Lo poco que sé, lo poco que deseo, ya muerto, es que mis huesos se los entreguen a mi familia y que ellos me entierren en un lugar solo para mí, y que nunca más me vuelvan a sacar de allí. También quisiera que mi tumba tuviera mi nombre, así tal vez mi espíritu por fin pueda volar.

QUERIDO 36

Quisiera tenerte frente a mí, no sé si en este -mi mundo actual- o en el tuyo. Esta noche escucho a Mozart y me tomo un ron. Sobre mis pies está mi gato Tao, se acicala, duerme, pasa justo por el pequeño espacio que hay entre el computador y yo. Ronronea, bebe su agua y me mira. Yo le digo que se quede quieto, que quiero contarte una historia, una historia de cuando nos conocimos. Tao se enrosca, cubre su cara con sus manos peludas, se olvida del mundo y se sumerge en un sueño profundo y finalmente logro escribirte.

Quisiera saber tu nombre, he buscado a tu familia pero no la encuentro, he sembrado un árbol en tu memoria, he escrito una carta de tu muerte, he vuelto a buscar tu cuerpo tres veces en el cementerio donde hace quince años te dejé, luego de haberte sacado del patio de

una casa en Puerto Torres. También hablé y le pregunté por tí, por tu historia, por tus últimos momentos al hombre que te quitó la vida. Le he hecho seguimiento a alias El zorro, fue él quien te sacó del bar cuando estabas con tu amigo en Belén de los Andaquíes. Pienso que El zorro tiene un juego con la justicia, tal vez parecido al que tenemos tú y yo, pues se buscan, se encuentran y luego se pierden. A alias El zorro, lo buscan, lo capturan, lo dejan libre, lo capturan de nuevo, se escapa, huye y de nuevo lo detienen, se vencen los términos, no hay suficientes pruebas, lo nombran los demás perpetradores, ponen carteles de SE BUSCA, lo encuentran y de nuevo huye.

A ti te retienen, te maltratan, te torturan, te quitan la vida, destruyen tu cuerpo, te ocultan, te desaparecen. Luego, te encuentro, te observo, te estudio, te dejo en otra morada; bueno, sí, en otro hueco, bajo tierra, esta vez en un cementerio oficial. Me llevo tu historia de muerte, un fragmento de video de cuando te dejé allí, en ese lugar "seguro". Y años después vuelvo a buscarte, pero han pasado muchas cosas que seguirán apartándome de ti; en este tiempo, cerca de donde está tu cuerpo, han enterrado

los cuerpos de muchos niños, todos con nombre. Es como si ahora estuvieras en medio de un jardín infantil.

Según me dicen los del cementerio, en el lugar en donde posiblemente estás no hay más cuerpos sin nombre. Intentamos buscarte y no apareces, por ninguna parte. Esta vez, ya no tengo el rol de antropóloga forense de la Fiscalía, por lo que no debo ni puedo entrar a la escena. Tampoco tengo una pala ni un palustre para hurgar la tierra y buscar esa bolsa negra de plástico con un rótulo que te identifica con tu nuevo nombre, Número 36; ya no puedo, con mis manos, rescatarte del olvido.

Dejé de buscar a mis muertos en la tierra y decidí buscarlos con las palabras, muy dentro de mí. Por eso, ahora solo tengo un papel en blanco, mi memoria y este anhelo de reencontrarte; ya no redacto informes forenses en jerga fría como las losas de los cementerios, ahora, intento escribir la historia de tu muerte y la de otros colombianos que han perdido su vida en esta guerra absurda. A veces se me van las horas imaginando sus vidas, sus sueños y lo qué harían ahora si estuvieran vivos.

Estoy un poco cansada, pero pronto te

seguiré contando en qué va esta búsqueda, pues imagino constantemente cómo eras, qué hacías, cómo será tu familia y qué hacías ese último día antes de que esos hombres armados te llevaran por esos caminos entre Belén y Puerto Torres. Antes de irme a dormir te cuento que, cada vez que recorro el trayecto entre Belén y Puerto Torres, veo el paisaje, los cultivos de caucho y de palma africana y me pregunto qué nos dirían estos testigos mudos, lo que vieron pasar ante sí, lo que oyeron y lo que callan. Además, me pregunto si llegará el día en que pueda recorrer esos kilómetros de carretera destapada, sin imaginar el sufrimiento y tortura de quienes iban, en contra de su voluntad, en aquel carro llamado por algunos "La última lágrima".

Tao acaba de despertarse, ha oído un ruido. ¿Sabías que los gatos escuchan ultrasonidos? Pues sí, escuchan de manera nítida el chillido de un ratón a varios metros de distancia. Ahora mira fijamente algo, algo que yo no veo. Tiene sus orejas firmes y sus largos bigotes en alerta. Por un momento pensé, ¿serás tú? Pero prefiero pensar que un gato vecino está cerca de la ventana y tú estás tranquilo en tu mundo.

A UN SECUESTRADO

Señor, perdón por no recordar su nombre. Nos conocimos hace diecisiete años y hay dolores que perduran. Le contaré. Eran las tres de la mañana, algunos miembros de la comisión judicial esperábamos sentados, en la esquina de la carrera quinta con calle trece, a que nos recogieran los carros oficiales para salir de la ciudad. Había luna llena y recuerdo que fumaba un cigarrillo mientras contemplaba, desde allí abajo, el Cerro de Monserrate. Tenía un poco de temor, no sabía muy bien cómo ni en dónde buscaríamos los restos humanos de una persona secuestrada, de usted.

Fue un gran despliegue, que contó con varios carros y muchos funcionarios con uniformes y armas. Era claro que no solo buscaríamos a una persona muerta, sino que también se harían allanamientos y seguramente también capturas.

Los forenses éramos pocos. Recuerdo a la odontóloga, a la médica, al fotógrafo y yo, la antropóloga. Arrancamos en caravana. El orden público en la zona estaba muy alterado, por lo que la comisión judicial podría ser blanco de emboscadas o de ataques. Pese a las curvas y los precipicios, recorríamos la carretera a gran velocidad. Atravesamos caminos angostos, algunas trochas, solo con la luz de la luna a nuestro favor. Algunos de los funcionarios tenían sus armas listas y las ventanas de los carros abiertas para disparar ante la menor amenaza o peligro.

Antes de las seis de la mañana llegamos a una vereda. Primero entraron los uniformados, golpearon en una casa, preguntaron por alguien y detuvieron a un hombre joven. Luego entramos los forenses, los de criminalística, los que buscaríamos su cuerpo, señor.

Recuerdo haber visto a una mujer, tal vez la madre del hombre detenido. Nos miraba muy asustada. Esposaron al recién capturado y el fiscal dijo, es él, hablen con él. Hacía mucho frío, aún la neblina cubría los árboles y el rocío de la mañana se percibía entre las hojas. Recuerdo también que había muchas flores silvestres, de color rojo y violeta que rodeaban una casa

humilde de madera. Allí entramos guiados por el hombre esposado y recorrimos la casa. Tenía dos o tres habitaciones, un corredor y barandas de madera.

Lo primero que vi fue una cadena gruesa y un candado. Estaban oxidados y colgados de un gancho en una delgada columna de madera. Abrimos la puerta de una habitación y encontramos una pequeña cama, angosta y baja. También, una butaca, tal vez a manera de mesa de noche, un pedazo de olla y una cuchara, con el tiempo como testigo de su uso y deterioro.

Señor, en ese momento, sentí su presencia, su soledad y su dolor. Pude imaginar sus noches, su insomnio, su sufrimiento en ese tiempo sin libertad. Solo sabía que alguien había confesado su secuestro, que usted era un empresario colombiano que pasaba ya de los setenta años, que su esposa y su hija lo buscaban y lo esperaban.

Empezamos el diálogo con el joven capturado, aquel que al parecer lo había "cuidado" durante su cautiverio. Le preguntamos por usted, por su estado de salud, por sus características físicas, por su ropa y por la forma violenta en que le quitaron la vida. Recuerdo

que llevaba una foto suya, se la mostré al hombre y lo reconoció. Él contó, brevemente, que lo habían llevado amarrado de manos a la cima de una montaña, donde lo hicieron sentar. Que por detrás le dispararon en la cabeza y luego lo empujaron al abismo.

El hombre capturado nos llevó al sitio donde podríamos recuperar su cuerpo. Caminaba asustado, con las esposas puestas y escoltado por varios funcionarios armados. Finalmente llegamos todos al lugar; el fiscal, los investigadores, los uniformados, los forenses y algunos miembros de la Defensa Civil, fundamentales a la hora de rescatar su cuerpo abandonado y perdido en lo más profundo del abismo. Era necesario que alguien que conociera el terreno, bajara con cuerdas, lo buscara y recuperara lo que quedaba de usted.

Lo primero que nos entregaron fue su cráneo, ya sin piel, sin rostro, sin músculos, sin pelo, pero sí con un orificio en su hueso occipital provocado por un disparo. No fue posible encontrar su maxilar inferior -su mandíbula- que era muy fácil que se perdiera en un lugar así, o que algún animal se lo llevara.

Recibí con mucho cuidado su cráneo y allí mismo la odontóloga revisó y registró uno a uno sus dientes mientras el capturado observaba incrédulo y aterrado. Era como si por primera vez fuera consciente de las atrocidades que habían cometido en contra de otro ser humano, de un semejante.

Los hombres con cuerdas bajaron de nuevo al fondo del abismo y recuperaron parte de su cuerpo ya casi esqueletizado. Sin pensarlo mucho, guardamos con cuidado en bolsas separadas el cráneo y las partes de su cuerpo que lograron encontrar entre la maleza, los pastos y la vegetación que intentaba ocultarlo.

Su cráneo, cubierto con bolsas plásticas, lo llevé entre mis brazos, con el respeto y el dolor que me producía imaginar todo lo que tuvo que sentir y ver. Así, como a un bebé en brazos, llevé su cráneo, mientras caminaba detrás del hombre que llevaba su cuerpo en una gruesa bolsa negra.

Sí, aunque suene incomprensible, así fue. El hombre, el mismo que un tiempo atrás debió llevarlo caminando a ese mismo lugar para ser cómplice o quitarle la vida de un balazo, ahora cargaba su cuerpo cuesta abajo. Y no

por decisión propia, sino de las autoridades judiciales y por cuenta de un mal chiste.

Hacía frío y nadie parecía de ánimo, cuando un funcionario dijo riéndose "ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue el que lo mató". Me quedé tan fría como usted, señor. Y así, usted, el capturado y yo seguimos bajando la loma en silencio.

Después de treinta minutos de camino, llegamos al centro de la vereda y el fiscal ordenó, -aún hoy desconozco la razón- que pusiéramos las bolsas con sus restos en el piso, ante la mirada de los campesinos y habitantes del lugar. Una desición casi tan terrible como el mal chiste; exhibirlo ante el capturado, la familia, los vecinos y ante un puñado de curiosos cuyas miradas desconocidas se clavaban en esa muerte, para ellos, tan ajena.

Antes de finalizar el día llegamos a la morgue de un pueblo cercano a la vereda, allí lo esperaba su esposa, sola y con un dolor adicional, el de haber perdido a su hija durante su secuestro. Señor, he decidido escribir este relato, tal vez para decirle que lo recuerdo con frecuencia y que su muerte me mostró otra cara oscura de nosotros los humanos, tan humanos.

ERAN MUCHOS MÁS QUE DOS . . .

J y T, recuerdo cuando recibí sus cuerpos en una bolsa plástica. En esos blancos y asépticos laboratorios dispusimos sus historias de vida, expresadas ahora, en frágiles y fragmentados huesos. Intentamos completar dos cuerpos, esos que sus familias buscaban. Los estudiamos muy cuidadosamente para saber qué hueso era de quién. Luego de un dispendioso trabajo, realizado por varios forenses, incluyendo genetistas, se determinó que en esa bolsa que provenía de una zona rural cercana a Bogotá, estaban ustedes y los fragmentos de otras siete personas, por lo que era evidente que estuvieron ocultos en una fosa colectiva y clandestina.

Fue un grupo armado el que los expulsó del lugar donde vivían. Tu familia, T, vino a este país en busca de un paraíso ecológico, tropical,

quizás exótico. Pero lamentablemente encontró la muerte y la intolerancia en medio de una guerra. Quiero contarles, J y T, que antes de que sus cuerpos llegaran a los laboratorios forenses, sus familias movilizaron a muchas autoridades estatales y a altos mandos guerrilleros para recuperar sus cuerpos. Parece que sus muertes fueron exhibidas en plaza pública, quizás porque desobedecieron las amenazas y la orden de desplazamiento a la que se vieron forzados; y ustedes, jóvenes, regresaron por unas horas para dar el último abrazo de despedida a sus amigos y vecinos, pero esto les costó la vida.

Esa búsqueda sin parar de sus familias, hizo que dentro del grupo armado dieran la orden de buscar sus cuerpos. Y lo hicieron, solo que ustedes no estaban solos y quienes los recuperaron de esa fosa colectiva no sabían de anatomía ni de osteología, sacaron dos cráneos, varios fémures, muchas vértebras y otros tantos huesos.

Recuerdo, T, que logramos completar una buena parte de tu esqueleto, pero ninguno de los dos cráneos era el tuyo. Tu mamá atravesó el océano atlántico para recibirte, para tenerte entre sus brazos. Recuerdo que después de intentar explicar, como antropóloga, lo inexplicable,

la acompañé hasta el taxi. Sí, T, tus huesos los recibió ella en un blanco y sellado empaque con logo institucional. En silencio nos dimos un abrazo, abrí la puerta del taxi y se marchó contigo en su regazo.

Aún me preguntó, ¿en dónde estarán los restos de los restos de esas otras personas que llegaron en esa bolsa plástica?, y ¿en dónde están las familias de esos desaparecidos ? ¿Por qué calles, caminos y cementerios los estarán buscando?

A JESÚS ANTONIO PIPICANO MOSQUERA

Jesús Antonio, ya no solo tengo recuerdos de tu muerte; ahora te conozco un poco más. Doña Emérita, tu mamá, y yo -durante cinco años- hemos construido una afectuosa relación. También conozco a varios de tus sobrinos y hermanos. Esta comunicación permanece desde que tu mamá y tu hermana Lilia contaron parte de tu vida en ese Informe de Memoria Histórica. En esos Textos en que reconstruimos y narramos la manera en que tú y otros treinta y cinco colombianos perdieron su vida de manera violenta en manos de grupos armados en esta absurda guerra.

También he ido al osario en donde están tus restos y, pese al dolor de confirmar tu muerte, me reconforta leer tu nombre. Ya tienes una tumba, ya no estás oculto bajo tierra, ya

tu morada no es una fosa clandestina. Te cuento, además, que hay un cedro sembrado en tu memoria en un Bosque de Paz en Bogotá. El árbol lo sembraron tu mamá y tu hermana en 2014 y desde 2017 ese cedro ya tiene un nombre, se llama Jesús Antonio, inscrito en una placa metálica, por lo que ahora muchas personas, además de tu familia, te recordarán y otras más sabrán que exististe.

Jesús Antonio, he recorrido muchas veces Puerto Torres, ese lugar en donde estuviste vivo por última vez. He regresado a la zona en donde encontramos tu cuerpo maltratado y fragmentado. He hablado con quienes te quitaron la vida.

Hoy, te escribo desde mi casa. En una tarde silenciosa y apacible, solo me acompaña mi gato Tao. Jesús Antonio, estás en mi memoria. Tú, como tantos otros muertos. Pienso en si ahora estarás con Marco Antonio, tu papá, quien murió unos meses antes que tú en circunstancias similares y por los mismos hombres armados. Lo que aún no logro comprender es cómo la estela de dolor no desaparece de tu familia. ¿Sabes? Faiber, tu sobrino, el hermano de James, murió de manera trágica y violenta hace unas

semanas en San Vicente, un carro lo atropelló. Tu familia no se recupera aún de esta pérdida.

Lilia, que aún vive en ese pueblo donde te retuvieron y te llevaron hacia la muerte, resiste. Aún se levanta cada día a las cuatro de la mañana a preparar unas ricas arepas con queso, de eso vive. Las probé, estuve en su casa y vi cómo se levanta con la esperanza del nuevo día. Frente a la puerta de su casa instala la parrilla, en donde lentamente se van cociendo las arepas, para venderlas de madrugada con tinto a sus clientes fijos.

Y ahora en estos tiempos de post conflicto, otros grupos armados se aprovechan. La amenazan, la extorsionan, le piden cuota para la "causa". No se sabe cuál causa… Ella, su esposo y sus hijos, tienen miedo; no saben a dónde ir, no saben qué van a hacer. Esos desconocidos sin rostro pero con poder perturbador en sus vidas, los han amenazado de muerte si no pagan la cuota exigida. La familia intentó en vano denunciar ante las autoridades, pero la respuesta se redujo a que "ellos no investigan amenazas, solo hechos …". Sí, así como te lo cuento, Jesús Antonio. Una amenaza y una extorsión no son consideradas como un hecho, seguramente

solo lo serán cuando se desplacen de nuevo u otros miembros de tu familia pierdan sus vidas. Otros funcionarios se limitaron a decir que eso les estaba pasando a todos los comerciantes del pueblo. Es decir, tu hermana que vive de vender arepas es considerada por las nuevas bandas como una comerciante en el pueblo y debe pagar si quiere seguir viviendo allí.

Sin embargo, me asombra la entereza y generosa mirada de tu mamá. Aún sonríe, de vez en cuando lo hace. Aún puede abrazar. Siempre me reconforta verla, siempre admiro que pese a su dolor, sigue en pié. Aún quiere ver, quiere recuperar su visión que por poco la pierde totalmente, pues un médico sin cuidado dañó la retina de uno de sus ojos. Aún quiere recuperar el movimiento de su mano, ya que, también por un mal procedimiento médico, perdió el tendón de un dedo y no puede coser, oficio que realizó con maestría durante gran parte de su vida.

Pese a todo, ella quiere seguir viviendo. Aún tiene la esperanza de saber qué pasó con tu otro hermano desaparecido. Quiere seguir visitándote en tu tumba y contarte que sus nietos crecen y que tiene la esperanza de algún día volver

a ver, no solo nítidamente, sino ver otro país, otras caras y quizás, encontrar en la mirada del otro, comprensión y solidaridad.

No sé por qué te cuento esto, tal vez porque necesito decirlo, me siento impotente, quisiera ayudar a tu familia, disminuir su sufrimiento, quitarles pedazo a pedazo el dolor que llevan a cuestas, pero no puedo. Solo comparto y siento cada pérdida, abrazo a tu mamá y la escucho atentamente cada vez que hablamos por teléfono.

Jesús Antonio, tal vez te escribo porque al igual que a tu familia, a mí tampoco me escuchan, ni los funcionarios, ni nadie. Son como gritos al vacío, como si al otro lado no existiera nada. Parecería ser que el dolor es dolor, sólo cuando es propio.

LOS CUERPOS Y LOS FORENSES

Han pasado diecisiete años y aún recuerdo nítidamente, como se recuerdan las pesadillas más atroces, ese octubre de 2001. Muy temprano, un helicóptero nos trasladó a un bosque húmedo en el sur del país. La historia era la de siempre, simple. Como forenses, debíamos recuperar unos cuerpos masacrados. Éramos funcionarios, de los que funcionan. Al fin y al cabo era nuestro trabajo y debíamos dejar de lado nuestras emociones.

Cuando llegamos al lugar nos esperaba un grupo de soldados. Nos mostraron un pequeño hueco con un palo adentro, colocado a manera de señal. Dijeron este es uno y allí hay más. Recuerdo que me incliné y lo primero que vi fue la cabeza de un hombre. Tenía sus ojos vendados. La recogí. Luego hicimos lo mismo con su tronco, después con sus brazos y sus piernas,

éstas, atadas con un lazo al que la sangre daba un tono parduzco. Las partes del cuerpo eran pesadas. Mi mente trabajaba a toda velocidad, dejando para otro momento cualquier tipo de reflexión que me pudiera paralizar.

Hacía sol, caminábamos por un suelo tapizado de hojas húmedas que brillaban con los rayos que lograban atravesar la frondosidad de esos árboles selváticos. Avanzábamos en busca de más fosas que nos dieran pistas sobre la magnitud del horror que estábamos por descubrir. Los pequeños cambios en la superficie y el inconfundible olor a muerte nos mostraron trece huecos más, con trece cuerpos similares, todos amarrados, eviscerados, desmembrados, con huellas de tortura.

El aire era denso, allí ocurrían continuos enfrentamientos, combates entre diferentes grupos armados. El tiempo era limitado y en pocas horas debíamos recuperar los cuerpos que alcanzáramos antes del atardecer.

Lo más posible era que nos observaran desde algún lugar los perpetradores, esta era su área de influencia y de poder. Buscamos los cuerpos sin tregua y una vez los encontramos, los sacamos uno a uno. Sin pensarlo mucho, los metimos

en bolsas grandes de plástico negro, cada bolsa marcada con un número consecutivo correspondiente a la inspección a cadáver.

Al día siguiente, bajo la custodia y mirada de miembros de la fuerza pública, "armamos" en la morgue del cementerio uno a uno los cuerpos fragmentados. También nos miraban algunos curiosos trepados en los muros del cementerio. Nos aterrorizó saber que entre ellos podrían estar algunos familiares de las víctimas y, tal vez, alguno de los perpetradores.

Todo transcurría en cámara lenta mientras me decía, soy una forense, este es mi trabajo. Pero el dolor y el horror aumentaban a medida que avanzábamos en las tareas. Extendimos grandes bolsas en el piso de cemento, sobre cada bolsa se dispuso un cuerpo, anotamos en hojas blancas el número de acta de inspección y el del protocolo de necropsia, la fecha y el lugar donde encontramos a estas personas. Trabajábamos febrilmente al aire libre, pues en este lugar solo había dos mesones cubiertos para hacer las necropsias. Se registró cada paso, se tomaron fotografías y se describieron las características que permitirían luego decir cuál de los muertos era cuál. La odontóloga registró cada diente,

cada prótesis, cada particularidad de la boca. El médico detalló cada lesión, su color, su medida, su ubicación, el objeto o arma que la provocó, todo esto para determinar la causa, la manera y el mecanismo de muerte; también describimos las prendas de vestir y los objetos que aún tenían.

Nada logró aliviar el malestar que produjo la crueldad que revelaban los cuerpos lastimados y humillados, ni la necesidad de actuar científicamente para poder desarrollar las tareas, ni los pensamientos tranquilizadores –que ya casi acabábamos, que pronto estaríamos en casa, en la oficina, en un laboratorio limpio y blanco– ni siquiera la idea de que pronto vendría la justicia.

Los cuerpos hablaron sobre el terror que habían padecido, su sufrimiento, la manera en que murieron, cómo los vendaron y les ataron de manos y pies, cómo los evisceraron para poder ocultarlos en fosas pequeñas; hablaron de las armas e instrumentos que utilizaron para asesinarlos, para acabar con sus vidas. También nos mostraron el poco tiempo –no más de siete semanas– que llevaban sepultados en esos oscuros y húmedos huecos. Peor aún, todavía era

posible ver las expresiones de dolor en sus rostros, quizás como último grito de súplica, como huellas indelebles de un horror para el que no existe explicación posible.

Los cuerpos nos contaron, además, de los gustos y costumbres de éstas víctimas fatales. Nos hablaron sus tatuajes, sus prótesis dentales, algunas con incrustaciones de oro, una en forma de estrellita. También nos hablaron de sus creencias, presentes en los escapularios que no lograron protegerlos de la muerte violenta. Vimos sus ropas de campesinos lugareños, los pequeños objetos que cargaban y en sus bolsillos encontramos papeles húmedos con letras borrosas, en los que apenas se podía adivinar nombres y direcciones.

Recuperamos los cuerpos de catorce personas: una mujer con un seno cercenado en vida, tres menores de edad y diez hombres adultos. Quizás era tan doloroso verlos y estudiarlos, porque tenían carne, forma humana. Si hubieran sido blancos esqueletos –siempre sonrientes– habría sido un trabajo menos amargo, me dije.

Al tercer día finalizamos en silencio la diligencia judicial. Volvimos a guardar los cuerpos

en las gruesas bolsas negras de plástico. Fueron enterrados en el cementerio oficial, marcados con códigos para que algún día fuera posible identificarlos y devolverlos a sus familias.

LAS HUELLAS DE JOSÉ MILLER

Quisiera algún día ver una foto más nítida de tu cara, José Miller. Apenas adivino algunos rasgos cada vez que miro la borrosa imagen disponible en una página institucional de desaparecidos, a la que tu familia dio tus datos para que algún día te encontraran.

José Miller, a tus diecinueve años te retuvieron junto a Libardo, tu padre, y a Norbey, tu hermano. Esos hombres armados se los llevaron sin razón alguna, los desaparecieron y les quitaron la vida. El cuerpo de Norbey lo abandonaron en la calle, por lo que tu familia le pudo dar sepultura. Al dolor de esa muerte lo eclipsaba el sufrimiento por tu desaparición y la de tu padre.

Me persiguen las imágenes y recuerdos del día en que encontramos tu cuerpo, el de tu padre y los de otras doce personas. En un bosque

húmedo con un suelo tapizado de hojas que brillaban con el sol, estaban ustedes catorce y otros más que no pudimos recuperar. Cada uno en un pequeño hueco, esperando ver la luz y esperando que los sacaran de allí para recuperar su nombre y su dignidad.

Necesito poner en palabras esos hechos y memorias, ya no desde mi ejercicio forense, sino desde mi humanidad, pues me resisto a creer que esto haya sucedido. Fue como ser testigo de la materialización del mal. El recuerdo de haber tenido entre mis manos cuerpos humillados y ultrajados aún me atormenta. Soy antropóloga forense y desde que tengo ese encuentro, ese contacto con ustedes, los muertos, ya no puedo olvidarlos. Por eso, desde que dejamos sus cuerpos de nuevo bajo tierra, en un cementerio oficial y con la esperanza de que algún día se conocieran sus nombres, no he dejado de pensarlos.

Recuerdo que registramos uno a uno los rastros de maldad escritos en sus cuerpos. Logramos recuperar las huellas de sus dedos, unas mejor que otras. Es increíble cómo esas delgadas líneas, esos valles y crestas que recorren la piel de nuestros dedos nos permiten diferenciarnos

unos de otros. Recuerdo que en una caja de icopor guardamos catorce frascos con partes de sus dedos índices, preservados en alcohol. Esa caja fue mi equipaje en un vuelo comercial que me llevaría de regreso a la ciudad, un viaje del que nunca pude volver a ser la misma, pues algo muy dentro de mí se había roto.

El olor y los fragmentos de humanidad que llevaba abrazados en esa caja de icopor, asustaron a la tripulación y me quisieron separar de eso que para mí era mi mayor tesoro: una esperanza de recuperar sus nombres. Fue un viaje eterno, no por el tiempo de vuelo, sino por el peso y dolor que se filtraba en cada poro de mi piel.

Pasaron años y ustedes estuvieron en una penumbra tan negra como las bolsas que envolvían sus cuerpos. Estuvieron condenados a un segundo olvido: permanecer en dos fosas colectivas en un cementerio de este país. Hasta que tus huellas fueron nítidas y se pudo establecer tu identidad, conocimos tu nombre, José Miller. Gracias a que ya se conocía tu nombre y los de otras personas que murieron en el mismo lugar, las autoridades lograron recuperar sus cuerpos en el cementerio, en medio de un mar

de cuerpos sin identificar. Luego, los trasladaron a unos laboratorios y los examinaron hasta determinar quién era quién.

Mientras tanto, en una audiencia nos reunimos todos, aquellos que te buscaron incansablemente y también los que te quitaron la libertad, la vida y pretendieron ocultar tu cuerpo. Allí, en ese lugar de justicia, tu familia valientemente logró enfrentar a los perpetradores. Otro de tus hermanos sobreviviente de esos hechos, tuvo que soportar la confesión pública de un hombre que aceptó que lo había secuestrado y torturado.

María, tu madre, desconsolada pero digna y entera, lloraba y en un momento su cara dibujó una leve sonrisa, quizás porque sintió que su agonía y espera pronto terminarían, o por lo menos iniciaría otro momento de duelo. Su mayor esperanza era conseguir un osario en el mismo cementerio en donde está Norbey, para que allí estén enterrados los tres y como bien lo dijo: "que estén cerquita, el papá y los dos hijos…".

Después de tres lustros tu familia recibe tu cuerpo y el de tu padre. Después de todo este tiempo, trato de adivinar tu rostro, cada vez

que veo a tu mamá y a tus dos hermanos. José Miller, gracias por haber permitido que, como el ave fénix, ustedes, -los catorce - resurgieran de las cenizas. Esta vez para que sus cenizas las puedan recibir sus familias.

¡DESAPARECIDA!

Es el último escalón de la impotencia. He bajado esta larga escalera que parece no tener final. Mi alma no puede descansar, aún no brilla para mí la luz perpetua. Está oscuro y hace frío. Si estuviera en el cementerio alguien iría a mi tumba, a limpiar la lápida, a ponerle flores. No, pero, ¿quién? A mi Pablo lo mataron el mismo día que a mí, es más, lo mataron delante de mí, antes de comenzar a torturarme. A mi otro hijo ya lo había matado otro grupo armado. Ya no tengo familia en el pueblo, ¿será pecado querer que me entierren como Dios manda? ¿Qué me devuelvan mi nombre?

Estoy muerta hace muchos años. No sé de qué me quejo. Al menos ahora habito este lugar de ciencia y de justicia. Si es que hay justicia en el reino de este mundo.

Un día cualquiera me metieron dentro de un hueco pequeñito, bueno, quizá debería decir "a mi cuerpo lo metieron en un hueco", porque eso fue después de matarme. Me maltrataron demasiado. Uno que se reía y se reía, sacó un cuchillo y me rebanó el seno derecho. Sentí un dolor atroz. La sangre se escurrió caliente sobre mi estómago. No sé de qué se reía y los otros lo miraron hacer, quizás no pensaron en sus madres, en sus hermanas o en sus mujeres. Sólo uno le dijo "apúuurese papá, esa ya está muerta". Y era cierto, ya no me dolía nada, quedé como anestesiada cuando mataron a mi hijo delante de mí y ya no podía existir otro dolor igual. Era un niño, es un niño, pensé, y ahí fue cuando supe que no podría escapar, que ninguno de nosotros sobreviviría. Los que hacíamos la fila amarrados, todos, íbamos a morir ahí. Y cuanto antes mejor. Ninguno podía soportar el dolor propio y menos sumado al dolor ajeno.

Pero Dios no es tan misericordioso y no se apiadó de ninguno de nosotros. Alcancé a ver cuando vendaron a Juan, mi vecino en esa fila interminable hacia la muerte. También cuando le amarraron los pies y las manos. Tuve que escuchar sus gritos desgarradores cuando

lo torturaban, luego solo oía voces apagadas, como si estuvieran muy lejos.

Ahora me da risa a mí también, recuerdo que pensé, "Dios los va a maldecir". Pero no, no pasó nada. La luz se fue muriendo lentamente, el aire olía a sangre, como cuando sacrifican a los cerdos o matan a las vacas. Luego alcancé a sentir que comenzaron a abrirme el abdomen. No supe qué pasaba y me fui desvaneciendo poco a poco.

De pronto, pasó mucho tiempo, una eternidad. Y de repente, un día los antropólogos nos sacaron de los huecos y nos metieron en un plástico negro y frío. En esa bolsa guardaron nuestros cuerpos desmembrados y los trasladaron a la morgue de un cementerio. Esa noche, nuestros cuerpos quedaron allí, en el piso, en medio de dos mesones de cemento y de unas paredes de baldosas blancas. El aire estaba enrarecido y a la morgue la habitaba un silencio delirante.

No entiendo bien por qué, no fui muy letrada en vida y quizá por eso ni mi familia ni yo podemos comprender bien lo que ha pasado, desde hace quince años ellos esperan lo que aún queda de nosotros, nos llaman "restos". Estos

restos, yo incluida, estuvimos más de una década enterrados en dos fosas colectivas, cada uno en una bolsa negra con un rótulo, como única señal, como única esperanza de ser identificados, algún día.

Nadie nos puso cuidado, quedamos allí en silencio. Luego, de pronto nos exhumaron de nuevo y sorprendimos a los forenses. Ellos creen que fue la tierra húmeda la que nos conservó. Yo digo que nos hemos resistido a ser solo huesos, que queremos que no se pierda la carne que nos da aún una forma vagamente humana. Por eso, después de estos años aún conservamos parte de nuestros tejidos blandos; por eso nos llevaron a unos laboratorios estatales en donde seguimos esperando pacientemente a que alguien se acuerde de nosotros. Haciendo fila, cumpliendo nuestro turno, una fila que no escogimos, como tampoco escogimos el dolor que sufrimos el tiempo en que nos torturaron.

Bueno, de hecho hemos estado en varios lugares que no pudimos escoger. Primero, en las fosas clandestinas de un bosque húmedo. Luego, olvidados por años en unas fosas de un cementerio oficial de este país. Y ahora, más de un año, en unos laboratorios estatales.

Las autoridades quieren entregarnos "a todos al tiempo", en una ceremonia bien linda y bien limpia. Y se les agradece, claro. Al menos han logrado mantenernos juntos, a los catorce. Ya saben que me llamo Violeta y que el jovencito es mi hijo Pablo. Que también murieron en ese lugar; Juan, Luis, Pedro, José, Arturo, Javier, David, Carlos, Rafael, Francisco, Manuel y un joven que estaba entre nosotros y que aún no se identifica, como muchos otros miles en este país.

Y como hasta entre los muertos hay unos más especiales que otros, puedo decir que me acuerdo mejor de Juan porque, como en mi caso, él no fue el único de la familia en estas muertes, también estaba su padre Luis y su hermano, quien fue asesinado por el mismo grupo armado, pero como dejaron el cuerpo en zona pública, al menos la familia lo pudo enterrar. Desde entonces tienen dos cupos comprados en el cementerio, que siguen siendo huecos vacíos, quince años después siguen esperando los cuerpos de Juan y de Luis.

De mal en peor, el peor caso es el de Rafael, que también perdió su vida en los mismos hechos: su madre lo reconoció en el video institucional

cuando nos hicieron las necropsias. Ella, después de nueve años de espera, murió sin poder darle una digna sepultura a su hijo.

Ay, ojalá cuando entreguen mis restos todo sea silencio y sobriedad, que por unos momentos yo sea la única en la ceremonia y no un número o código más en este mar de muertos. Ojalá que mi familia pueda llorar a solas. Soñemos en este sueño eterno.

A TITO

Tito, no sé cómo empezar esta carta. Son demasiadas cosas las que tengo para contarte. Se más de tu muerte que de tu vida. Sé algo de tu búsqueda y de tu hallazgo, pero particularmente me consta cómo haz sido invisible para el Estado colombiano durante diecisiete años. Recuperamos tu cuerpo fragmentado –y el de otras trece personas– en una fosa clandestina del sur de Caquetá en el año 2001. Luego te llevamos en una bolsa negra de plástico a la morgue de un cementerio. Estudiamos tu cuerpo para leer las huellas que dejaron en tu piel, tus músculos y tus huesos, las armas e instrumentos que provocaron tu muerte. En esa morgue, te examinamos para conocer las lesiones y heridas que nos contaron cómo fueron tus últimos momentos antes de que tu corazón dejara de latir.

Tomamos tus huellas dactilares y a los pocos días se conoció tu nombre: Tito Martínez. Días después, tu mamá fue a buscarte al cementerio y las autoridades le mostraron el vídeo del momento en que recuperamos tu cuerpo. Ella reconoció tu rostro y el escapulario que tenías. Pero inexplicablemente nunca recibió tu cuerpo, nunca pudo sepultarte. Quizás, Tito, tu mamá fue a tu encuentro y murió. Fueron ocho años los que ella padeció y hoy me pregunto, ¿cómo fueron esos segundos, minutos, horas, días y meses de espera? ¿Cómo fueron sus noches y sus días con esas imágenes, posiblemente congeladas e infinitamente repetidas en su cabeza?

Hace unas semanas vi un documental de la manera en que Jesús fue torturado y humillado. La historia dice que María, su madre, presenció esos momentos. Y pensé en tu mamá, Tito, no solo por sentir y padecer tu sufrimiento, sino porque al igual que el nombre de Jesús, tu nombre también fue negado, permaneciendo oculto e inexistente para el Estado y la sociedad. Negar un nombre es también rechazar, impedir, despreciar e ignorar una historia y una vida. En tu caso, incluso negar tu muerte,

pese a haber recuperado tu cadáver y tus huellas. Es haber hecho oídos sordos de tu existencia. Y solo quince años después de tu muerte recuperar de nuevo tu cuerpo.

Así, tu familia recibió tus restos, te sepultaron y una tumba tiene tu nombre. Desde entonces, han pasado dos años y tu familia espera a que el Estado colombiano reconozca tu nombre en sus distintas bases de datos, en el sistema judicial, en el sistema de reparación e indemnización. También que los perpetradores reconozcan tu nombre, digan la verdad de por qué te quitaron la vida, para qué les servía tu muerte, por qué se ensañaron con tu cuerpo y te ocultaron en una fosa clandestina. Finalmente, ¿por qué decidieron por tu vida y por tu muerte?

Unos meses después de que te enterraran, dos de tus hermanos sembraron un árbol en tu memoria. Y cerca al árbol está una placa metálica con tu nombre inscrito, ahora imborrable. Tu nombre, Tito, lo vi por primera vez en esa cinta de seda blanca que rodeaba el pequeño cofre de madera en donde están parte de tus huesos junto a una foto en blanco y negro. Tenías la mirada tranquila. Tú, como testigo de todo aquello que pasaba frente a ti, en esa iglesia

de Florencia, Caquetá. Allí estábamos reunidas varias personas. Además de tus seres queridos, estaban las familias de otras doce personas que murieron junto a ti. Es inexplicable, Tito, cómo la guerra que te separó de tu hogar, de tu entorno, de tus amigos y de tus conocidos fue la misma guerra que te unió a otros colombianos desconocidos para ti, pero ligados profundamente por el dolor, la crueldad y la muerte.

Sólo espero, después de diecisiete años, que estés junto a tu madre, que tanto te buscó y te esperó. Y tu nombre, Tito Martínez, permanecerá, no solo entre tus seres queridos, sino entre personas que no te conocieron y que hoy leen esta carta.

TRECE FUNERALES

Edilma Pérez Pineda y su hijo Rubiel Díaz Pérez, José Miller Rivera Gómez y su padre Luis Libardo Rivera Vargas, Clemente Ramírez Pérez y su hermano Uriel Ramírez Pérez, Jairo Pastrana, Rodolfo Tróchez Alvarado, Jorge Enrique Ortiz Álvarez, José Gerardo Guaspa Basanti, Alfredo Cometa Cadena, Abelardo Anturi Cuellar y Tito Martínez,.

Hoy es diecisiete de septiembre de 2016, ha pasado una semana desde que sus familias lograron recibir sus cuerpos y finalmente sepultarlos, desde que murió cualquier esperanza de encontrarlos vivos. Una semana en que ya tienen la certeza de que en la navidad venidera ya no los esperarán.

Una semana en que llevo sus rostros en mi memoria, ahora, mezclados con los recuerdos de sus cuerpos destrozados y ultrajados que

tuve en mis manos en 2001. Por fin, en esa iglesia, después de tantos años, vi sus rostros en las fotos de los portarretratos que acompañaban sus pequeños féretros. Vi, sentí y olí de nuevo sus cuerpos, ya no descompuestos sino sus huesos, lo que quedó de ustedes en unos cofres funerarios, cofres de la misma dimensión de la fosa que a cada uno le hizo su victimario. Una semana en que me ha sido muy difícil pensarlos y sentarme frente a esta hoja en blanco a escribir, pese a este dolor y a la vez este alivio de saber que ya retornaron, de alguna manera, a sus hogares.

Fue, en dos días, asistir a trece funerales, ver a sus familiares, llorarlos, abrazarlos y compartir ese dolor e incredulidad del fin de la espera y de la búsqueda. Sus seres queridos cargados de sus recuerdos de vida y yo cargada de recuerdos de muerte y violencia reflejada e inscrita en sus cuerpos, de cuando los recuperamos de esas fosas clandestinas en el sur de Caquetá.

Hay muchas personas desaparecidas de las que aún sus cuerpos no aparecen, pero de las que se sabe que murieron de manera violenta y que fueron abandonadas y enterradas clandestinamente en esa misma zona. Aún falta uno

de ustedes, aún sus huesos siguen en esos fríos laboratorios institucionales esperando que un cotejo de ADN lo saque de allí y lo regrese a su familia. ¿Quién será?, me pregunto.

Y ADEMÁS, EXISTEN LAS ESTRELLAS DE MAR

A veces me pregunto por qué no elegí, por ejemplo, ser montañista. Cuando tuve la oportunidad de caminar por la montaña, oler y sentir la humedad de la tierra, ver el color del musgo y de la neblina, supe que esta actividad también era una forma de meditación. Ver el horizonte me recordaba la dimensión del ser humano, también su fragilidad. Pero, sobretodo, nuestra condición pasajera en el mundo. Cuando llegaba a la cima de la montaña, pensaba que ese era el mejor lugar para estar. Cuando ascendía sostenida de sus raíces, caminando por sus bosques, cascadas o grandes piedras, escuchaba los latidos de mi corazón y el ritmo de mi respiración. En aquellos momentos me sorprendía de la capacidad de mi cuerpo, de la perfecta sincronización y anatomía de esta máquina humana.

Recuerdo que en el año 1996 fui por primera vez al volcán Cotopaxi en Ecuador. Ese imponente *cuello de luna* [1] de 5.897 msnm, despertó en mí sensaciones y pensamientos hasta hoy vigentes. En el camino de ascenso por las faldas del Cotopaxi apareció, de repente, un arcoíris con sus nítidos colores que se impuso sobre el impecable blanco del volcán. Me detuve por unos segundos para observar, extasiada, el milagro de la naturaleza y de la vida. En esos microsegundos solo pensé que lugares y experiencias sublimes como esta, también la deberían experimentar los perpetradores. Personas que sin justificaciones, pero que por diversas razones, contextos y motivos, han cometido hechos de barbarie, terror y sufrimiento a otros seres humanos.

Señalo aquí que, para los años noventa, apenas había tenido algunas conversaciones y entrevistas técnicas con unos cuantos agresores. Había conocido de sus actos violentos a través de sus víctimas fatales, algunos provocados por asesinos en serie, otros por el poder y control del narcotráfico, otros por secuestro y desapariciones forzadas. La mayoría de muertes

[1] En lengua Kichwa y Aymara.

por violencia sociopolítica, intolerancia y por enfrentamientos entre los diferentes actores de la guerra. Y desde entonces, rondaron por mi mente ideas y pensamientos de por qué alguien le quita la vida a un semejante. Más allá de transgredir la ley, de delinquir, de alegar venganza o aplicar justicia por mano propia, me cuestionaba qué pasaba por la mente y el corazón del que mata.

Así, intento darme razones y explicaciones y solo una respuesta me permite avanzar. Estos actos se cometen por un tipo de Ignorancia. Ignorancia de lo que significa la vida misma, de su valor, de su proceso y de su significado. Desconocimiento ligado a una fragmentación al interior de la persona que comete el acto de matar. Una especie de separación entre el cuerpo, los pensamientos y las emociones. Retomo entonces mis experiencias de encuentros avasalladores con las más sorprendentes manifestaciones de la vida y me pregunto si es posible alcanzar una integración o "redención" para los perpetradores, al ponerlos en contacto con la vida, con la naturaleza y con su propio cuerpo.

También me pregunto a veces por qué, de las áreas de la antropología, escogí la que me

muestra la cara más atroz de los seres humanos, la antropología forense. Por qué no hice de la antropología social, la lingüística o la arqueología, mi oficio. ¿Por qué no decidí caminar la montaña para percibir la humedad de la tierra, ver el musgo o el horizonte? Pero no. Recorrí montañas y mi país hurgando la tierra para buscar los restos de los restos de una guerra sin nombre.

Pasó el tiempo y dejé de buscar a los muertos en la tierra. En un par de ocasiones acompañé en sus autopsias a un amigo médico forense, que me permitió de esta manera profundizar en el milagro humano. Como antropóloga me hablan con claridad los esqueletos y los cuerpos sin forma, descompuestos y desdibujados, pero no los cuerpos "frescos". Recuerdo que antes de que iniciara una de aquellas autopsias y de que el asistente del médico forense hiciera el corte toraco-abdominal a ese cadáver, atravesándolo desde la garganta hasta el pubis y dividiéndolo en dos mitades laterales para entrar a ese cuerpo y preguntarle qué le causó la muerte, cómo fue y hace cuánto tiempo; a esa persona que solo la identificaba un número de protocolo y un número de inspección judicial; quise pedirle

permiso por estar ahí, quise orar, quise que su humanidad no dejara de serlo.

Asistir a autopsias como éstas quebró por completo mi psique. Según los griegos, mi fuerza vital. Sí, ver esos cuerpos intactos, con apenas unas horas de haber dejado de funcionar, sobrepasó mi cordura. Observar la piel, su color, su olor y su intacta humanidad –apenas parecían dormir– hizo que no quisiera jamás volver a una morgue. Esta sensación contrastó de inmediato con el proceso que el forense ejecutaba con total maestría y destreza al tomar cada uno de aquellos órganos.

Y me fue posible, por primera vez, tener en mis manos dos de aquellos maravillosos órganos. Uno, ese que latía con fuerza cuando subía la montaña. Y el otro, aquel que percibía y me hacía consciente de ese milagro. Sí, tuve un corazón en mis manos, también un cerebro. Y entonces me preguntaba, ¿cómo estarían coordinados estos dos órganos de ese hombre joven que yacía en aquel frío mesón de baldosas blancas? ¿Cómo fueron esos segundos antes de que dejaran de funcionar? ¿Qué imágenes y sensaciones experimentó ese hombre antes de morir? ¿En quién pensó?

Pues bien, si mi psique se quebró en la morgue al ver ese cuerpo completo, con sus olores y su tono de piel y casi percibir su temperatura vital; esta psique se transformó al tener los cuerpos de la guerra entre mis manos. Y se sorprendió y aterrorizó aún más en ocasiones en las que vi, por ejemplo, la mirada de satisfacción de una mujer desmovilizada cuando, en una conversación, vigilada ella por jóvenes guardias del INPEC, me dejó saber que el lugar en donde nos bañábamos los miembros de la comisión judicial, que recuperó treinta y seis cuerpos en una zona rural del país, era el mismo tanque de agua en donde las autodefensas arrojaban las prendas sangrientas de sus víctimas, de los torturados.

Prendas que muchas veces fueron reconocidas por las madres de esas víctimas, cuando con valor arriesgaban sus propias vidas y llegaban a los campamentos de los grupos armados y suplicaban compasión y noticias de sus hijos, para encontrar que, quizás como un premio o prueba material de sus triunfos en la guerra, algunos de aquellos guerreros usaban limpias prendas de sus víctimas fatales. Víctimas, vale aclarar, que no participaron del combate, solo estaban en

sus casas campesinas, codiciadas ahora por los guerreros. Víctimas por ser sospechosas de ser parte de ese monstruo, para ellos, llamado el Enemigo.

Y tras haber sido testigo de todos estos hechos, aún me sigo preguntando cómo alguien es capaz de matar a un semejante, de destruir este conjunto de sistemas que reúne funciones biológicas, físicas, químicas, eléctricas, emocionales y simbólicas. Me digo entonces qué pasaría si se diera la oportunidad a un perpetrador de recorrer una montaña de nieve, de tocar una estrella de mar, de conocer la creación y el proceso por el que llegamos a ser humanos, de los obstáculos superados desde el momento mismo de la concepción, hasta pasar por las diferentes etapas de la infancia, la adolescencia y la adultez. Acaso así, con tranquilidad y sosiego, ¿podría un agresor reflexionar sobre las consecuencias de interrumpir un proceso vital, de agredir y de acabar con la vida de un semejante?

PERDÓN

Perdón porque fueron utilizados para hacer daño. Perdón porque los obligaron a ser testigos –no mudos– de actos crueles. Ahora pienso en ese imponente y frondoso árbol de mango que estaba en el patio de la escuela. Árbol muy verde y muy fuerte, pero eso no impidió que fuera herido y lesionado a la par de las víctimas que amarraban alrededor de su tronco.

Árboles y paisaje habitan donde recuerdo que intentamos reconstruir lo allí sucedido. Escarbamos en sus raíces buscando cuerpos, tomamos fotografías y observamos milimétricamente cada cambio, cada alteración en la tierra. De manera particular, ese árbol de mango dejó ver en su corteza señales de suplicio y sacrificio. De allí, recuperamos fragmentos de proyectiles de armas de fuego, vimos cortes en el tronco provocados por cuchillos y otros elementos,

constatamos huellas de quemaduras en su corteza. Estos testimonios fueron evidencia de innombrables sufrimientos provocados a seres humanos.

Árbol de mango, fuiste parte de un macabro juego de azar por el capricho de un comandante, quien te dio el carácter de muerte, cuando ante ti preguntaba a las indefensas víctimas próximas a morir si preferían mango o guayaba. Si escogían mango, les esperaba la muerte inminente; aunque tarde o temprano todas morirían.

Árbol de mango, hoy solo quedan unas fotografías y un esqueleto de lo que fuiste un día. Ya no eres verde ni fuerte. Ahora quedan restos de un pálido y frágil tronco. Puro llanto, ya sin hojas, recuerdas un tardío otoño. Contrastas con el verde selva de ese paisaje del que un día formaste parte. Tu presencia perturba a los nuevos y viejos habitantes de ese pueblo y por eso decidieron secarte. Les recuerdas el dolor y la guerra.

Perdón, árbol de mango, tú que un día fuiste esa conexión vital entre la tierra y el cielo, también fuiste maltratado, talado, desaparecido...

EN MEMORIA

El Centro Nacional de Memoria Histórica en compañía de familias de personas desaparecidas y de muchos otros ciudadanos, en 2014 sembraron en la reserva Thomas Van der Hammen de Bogotá, treinta y seis cedros en memoria de algunas de las víctimas de Puerto Torres, Caquetá. De estos árboles doce ya tienen nombre, el de cada una de las personas que han sido identificadas:

Marisela Muñoz Ruíz
Nancy Amparo Gómez Quiñones
Jesús Antonio Pipicano Mosquera
Álvaro Calderón Pajoy
Obdulio Bolaños Caicedo
Ramiro Lora Sotelo
Rodrigo Sabogal Cárdenas
Enrique Navarro Daza
José Ismael Cabrera Bocanegra
Wilman Misael Gutiérrez Montoya
Otoniel Lozano Mosquera
Javier Gaviria Perdomo

Aún se desconoce el nombre de veinticuatro de ellos.

Y en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, en 2016, las familias de trece víctimas de Albania, Caquetá, sembraron trece árboles en memoria de sus seres queridos:

Edilma Pérez Pineda
Rubiel Díaz Pérez
José Miller Rivera Gómez
Libardo Rivera Vargas
José Gerardo Guaspa Basanti
Clemente Ramírez Pérez
Uriel Ramírez Pérez
Jorge Enrique Ortiz Álvarez
Tito Martínez
Jairo Pastrana
Alfredo Cometa Cadena
Rodolfo Tróchez Alvarado
Abelardo Anturi Cuellar

Aún se desconoce el nombre de uno de ellos.